

La dimisión de Delcassé

Hay en la opinión española ayer y hoy un poco de temor. La caída de Delcassé — que cada día y no dimisión puede llamarse a la retirada del Poder de este hombre que ha representado y consumado en bastantes años todas las orientaciones internacionales de Francia — significa, sin duda, una suspensión, cuando menos, en la política que la República iniciaba en Marruecos, y a la que había logrado asociar a Inglaterra y España.

Firmado el tratado de Octubre parecía lisa y fácil cosa la europeización de Marruecos, la penetración más o menos lenta en el territorio mogrebino. Creíase que ninguna otra potencia de las signatarias del tratado de Madrid, que había logrado mantener tantos años el *status quo*, podría alegar derechos contrarios en el Norte de África, sobre todo cuando la obra de las tres naciones no era de conquista ni dominación, sino realmente, de apertura de mercados para todas las industrias europeas.

Pero el veto de Alemania debe de ser acto trascendente, y no una de tantas funciones de aparato a las que el kaiser no tiene acostumbrado, puesto que Francia se rinde ante él, declarando traspasada su política en la persona de Delcassé, dimitido.

Queda en el suceso un enigma: la actitud de Inglaterra, y con ella otro enigma, mayor aún para nosotros mismos: la actitud de España. Porque Francia puede desistir de su noble empeño, en el que la gloria mayor de la República parecía otorgada; pero este empeño no era ya suyo solamente. Era de Inglaterra y era de España. Inglaterra asistió a la protesta formulada por su viaje por el emperador Guillermo? ¿Inglaterra acepta la celebración de la Conferencia internacional, propuesta por el sultán, dando con ello por ineficaz y nulo su tratado con Francia? Entonces puede declararse consumado el triunfo de Alemania y puede creerse desahogada España de esa aventura marroquí, que comenzaba a ser harto arriesgada, un callejón sin salida, según la frase gráfica de Le Temps.

En este sentido, la caída de Delcassé es un acto de verdadero patriotismo y gran previsión, ofrecido en holocausto a la ira germana. Delcassé víctima, ha evitado el *casus belli* que se avecinaba. Alemania ha aprovechado hábilmente el azar que la guerra ruso-japonesa le ha deparado, librándole de la amenaza de Rusia, encontrando a Francia debilitada y como amedrentada por el estrepitoso fracaso militar y naval de su aliado.

Partido así el campo, prevenidos los tres grandes pueblos a entrar en liza armada, la situación de España es harto comprometida y delicada. No es una cuestión de honor — como ha dicho Villaurrutia — mantener el tratado que Francia misma abandona de hecho. Lo sería si Inglaterra declarara que es para ella cuestión de honor también, el frente a Alemania afirma que el tratado subsiste. ¿Quién duda esto? Pero entre las brumas del Tíberis no hay la tradición de hacer estas afirmaciones concretas. Seguramente Inglaterra no cree que el tratado sobre Marruecos a intervenir en una posible coalición franco-alemana. ¿Y ha de obligarnos a nosotros?

Pero España tampoco puede permanecer en esta situación ambigua. De momento, en este asunto concreto y preciso, la situación es clara, y siguiendo a Inglaterra, este honor de que ahora se habla queda a salvo; pero en las contingencias del porvenir, roto y deshecho este tratado que era una iniciación de la triple alianza de Occidente, la situación creada a España es harto compleja y difícil.

Lo peor que podría acontecerse es seguir en un retraimiento absurdo, que ni nos garantiza la paz ni nos libra de que sean nuestro territorio o nuestros mares lugares elegidos por los que hayan de luchar. La realidad de la vida internacional nos impone la necesidad de una orientación. El tratado de Octubre, si no era ya para nosotros una afirmación de pacto en el porvenir, era un paréntesis que nos permitía ganar tiempo y colocarnos en mejores condiciones que las que hoy poseemos.

La dimisión de Delcassé ha roto este paréntesis. El tratado subsiste aparentemente, pero la obra que ese tratado significaba no puede ya realizarse. La perfidia marroquí y la osadía teutona han sido más fuertes que la noble sinceridad con que Francia, un poco ingenuamente, un poco candorosamente, había llamado a Inglaterra y a España en su ayuda.

Delcassé ha estado a punto de comprometer la paz de Francia; pero su caída no es un punto final puesto en este pleito. La más nimia prudencia aconseja a España vivir prevenida. No es el honor de un día de paz lo que hemos de cuidar, sino el honor del porvenir el que nos pide toda vigilancia y cautela.

LECTURAS PARA LA MUJER

LA SENCILLEZ

No hay condición más preciosa en la mujer que la de ser sencilla; sin entenderse por esto que sea abandonada en su atavío o en su conversación.

La sencillez consiste en mostrar cada una su carácter con el sello de originalidad que le sea propio, sin violentarse para aparentar lo que no es.

Nada tan ridículo y penoso como la afectación de una mujer que no es joven se empeña en tener risas, movimientos y ligereza infantil; otra de carácter alegre pretende pasar por lánguida y melancólica, mientras algunas se esfuerzan por demostrar una viveza y alegría que no poseen.

Algunas veces es el deseo de seguir la moda, de imitar la figura y movimientos de las demás, lo que hace tener a todas unos mismos gestos, idénticos modales; se imitan las actitudes como los vestidos, y si nos fijamos en la puerta de un teatro o en el centro de un paseo, veremos a todas las mujeres pasar como muñecas construidas con el mismo patrón, sin que ninguna revele

su carácter, su originalidad, en un movimiento que pueda desenterrar del marco general.

Cuando la afectación llega al lenguaje, se hace insostenible; hay veces que se ponen de moda algunas frases, conversaciones que se escuchan repetidas, fórmulas para hablar, de las cuales nadie osa salirse.

En 1659, cuando la epidemia del *buen decir* infectó a Francia, todas las señoras querían hablar de un modo elevado, sin el tono natural, y mezclando en la conversación los términos altisonantes del lenguaje literario y del verso.

En un vocabulario antiguo se encuentran cosas curiosas respecto a esta manía de las culas. Se llamaba al gorrón de dormir *complice incoincide de la mentira*; al rosario, *cadena espiritual*; al agua espejo celeste; a una sonrisa desdichosa, *heror de orgullo*; y a la barba del hombre, *la mics de la epidemia*.

Del mismo modo que con las carcajadas de Rabelais y Cervantes desaparecieron los libros de caballería hecidos por la más terrible de las armas, el ridículo, Molière mató con su acizada sátira de la comedia *Las preciosas ridículas* esa funesta manía.

La crítica de Molière recayó sólo sobre las mujeres cuya presunción y pedantería eran insostenibles, que creían de buen tono hablar un lenguaje enigmático, desconocido para el vulgo, y no satisfecho de ningún modo, como algunos han creído, a las mujeres instruidas, que de un modo natural poseían conversación amena y encantadora.

De vez en cuando, sin embargo, y afortunadamente, desapareciendo con rapidez, se encuentran estos tipos de romanticismo exagerado que trajeron también la sátira de Carlos Luis de Cuenca en los versos en que ridiculiza a la que ha llamado al carbonero *caballero gerente del combustible*, y a la dama que hablaba así a su cochero: *Auriga, condúceme a la puerta del archiduc Pío*.

No he de insistir más para que las mujeres de todo que melean se convengan de la ridiculez de la afectación en el lenguaje y en todo lo que violenta la natural inclinación.

Sed espontáneas, sencillas, francas; en esto precisamente está el mayor de los encantos.

COLOMBINE

POR TELEGRAMA

FUGA DE ARTAL

DE NUESTRO CORRESPONSAL

— Contó 7. Ayer intentó fugarse del cuartel principal de esta plaza e internarse en el territorio de Marruecos el penado Jaime Miguel Artal, que cumple aquí condena por atentado contra el Sr. Maura en Barcelona.

Para conseguir sus propósitos se disfrazó con el uniforme de un cabo de Cazadores; pero le valió la estratagema, pues fue reconocido por la partida de vigilancia, que le detuvo y condujo nuevamente al cuartel.

Otro preso que hacía oficios de celador intentó la fuga también; pero igualmente fue visto y la vigilancia hizo varios disparos hirándole en una pierna y deteniéndolo. — Yorgi.

ENTRE CONSERVADORES

EL PLEITO DE LA JEFATURA

Es un verdadero laberinto el en que están metidos los conservadores. La desorientación es como el agua que sabe a qué carta que jugar. Todo se vuelve entre ellos cables, comentarios, supuestas actitudes, visitas y bromes, que llevan la alarma al propio seno del Gobierno, a pesar de la tranquilidad que sus miembros afectan y que obstruyen ver claro en cuanto al porvenir de las fuerzas conservadoras y su futuro.

Un día de las iniciativas y declaraciones atribuidas al Sr. Sánchez de Toca en pro de la consagración del Sr. Maura; otro, la sumisión del Sr. Dato a este ex presidente del Consejo, sin perjuicio de que al siguiente lo niegan los intimos del ex ministro de la Gobernación; otro, el fiasco de la función en la que se había comprometido el Sr. Villaverde y Romero Robledo; otro, se comenta la visita especial hecha por el general Azorárraga al marqués de Fidal exiliado a su hermano a que salga de su ostracismo parlamentario y le ayude en sus aspiraciones.

Diputados y senadores de la mayoría, conservadores antiguos y sinvestidos significados, andan por allí oyendo de qué lado podrán caer con acierto; aunque son muchos los que desde luego rechazan que el partido conservador pueda reconstituirse bajo la jefatura del Sr. Maura, que ni fué ni quiso ser conservador, que convirtió su nombre en arma de ataque y de defensa, y que en más de una ocasión no tuvo escrúpulos por satisfacer sólo su vanidad, ni los tendrá, siempre que llegue el caso, en dejar al descubierto la persona del rey y poner en peligro la firmeza de la Monarquía.

Acaso podría ser jefe de un sólido partido el conde de la Boga; pero nunca de los conservadores, de los que fué y es el mayor enemigo.

Así se expresan los de este lado. No hay más que oírlos y recoger su sentir. Está en pie, y de día a día más embrollada su solución, y de día a día más harto revivir, y en las Cortes tienen puestas sus esperanzas y asechanzas los mauristas, para que loyaleseasen se le venga a las manos al Sr. Maura la jefatura, que ha de escribir el epitafio al partido.

Algo de ello apuntan los periódicos, pero precisamente la iniciativa parlamentaria de la campaña desubierta no tendrá el sego publicado.

Informes fidedignos nos permiten asegurar que lo que en el lado maurista se ha pensado ha sido:

Que apenas se abran las Cortes el señor Maura se apresure a presentar al Congreso una proposición tendiente a que, en recuerdo y homenaje al Sr. Silveira, se inscriba su nombre en una de las lápidas de la Cámara.

Esperando que en el acto la proposición se convirtiera en acuerdo unánime, se levantaría entonces el Sr. Maura a dar las gracias al Congreso en nombre del partido conservador.

Al punto, la mayoría, rendida a la memoria del Sr. Silveira, aplaudiría, y los mauristas subrayarían tales aplausos de suerte que de ellos se pudiera deducir la consagración del Sr. Maura como jefe de los conservadores a la faz del Parlamento.

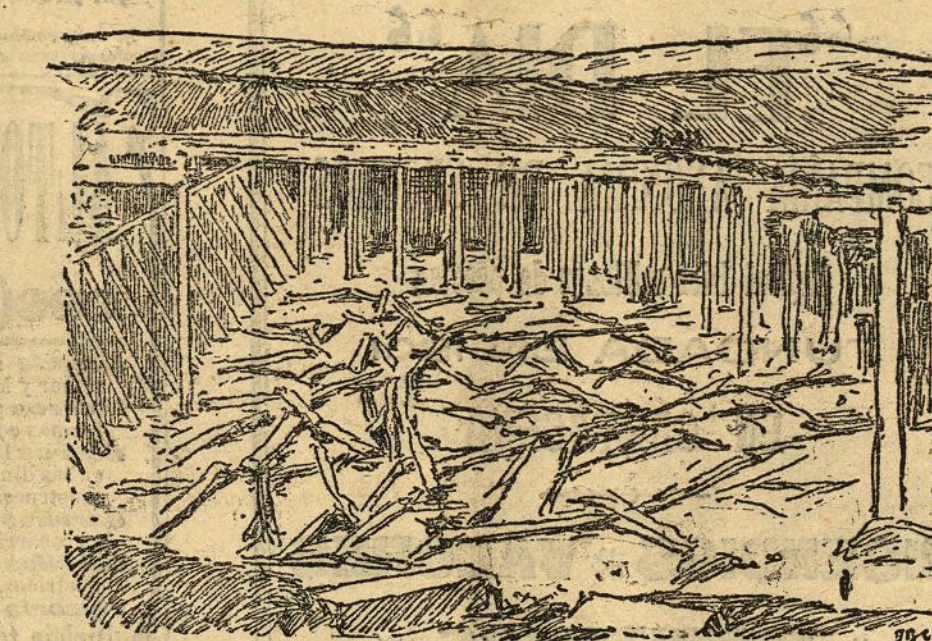
Lo que tiene que ver en la idea se anticipó el día del entierro del Sr. Silveira otro personaje del partido, y es seguro que en proporción al Sr. Maura se adelantará también el día 14.

Esta es la verdad de lo proyectado. La vista del pleito está cerca; pero hasta entonces, cuántas cabalas y cuántos sobornos en las filas de la mayoría y en el Gobierno!

— Nos vamos con Maura — cuentan que el Sr. Dato dijo el otro día a un diputado a Cortes amigo suyo.

— Mas como cuántos tratamos de explorar su ánimo en este asunto tropezamos con que rehusa hablar de ello, aun en el seno de la in-

EN EL TERCER DEPÓSITO



EL HUNDIMIENTO DE AYER

timidad, creyó que el citado ex ministro de la Gobernación quedaba al paño hasta ver qué orientación marcaban los acontecimientos políticos que se avecinaban.

Hoy, nuestro colega a B C hace las siguientes categóricas afirmaciones sobre el particular:

«La actitud del Sr. Dato, que tanta curiosidad inspiraba durante estos días entre la gente política, se ha puesto en claro, no quedando ya duda ninguna acerca de la orientación del ex ministro de la Gobernación.

El Sr. Dato estuvo el pasado sábado en el domicilio del Sr. Maura con objeto de manifestarle que lo reconoce como jefe.

La noticia no tiene ambigüedad. La muerte del Sr. Silveira ha impresionado muy hondamente al Sr. Dato y ha encendido muchos sus aspiraciones. De aquí que se haya puesto de pronto en contacto con la realidad y pretenda a disputar el primer lugar ser al lado de Maura un «segundo de a bordo», sin pensar para el día de mañana en otra presidencia que en la del Congreso.

— Y el general Azorárraga? preguntábamos ayer tarde a un consejero de la Corona, de singular relieve en el Gabinete Maura. — «Ahí el general está muy bien con Maura. No le ha manifestado todavía claramente su adhesión, pero políticamente convive con él en espíritu y no será obstáculo para que se consolide tal jefatura. Y lo mismo los contactos amigos del general — Ahí, tienen entendido a Utrera, que dentro del Gobierno hace su labor maurista, y da que pensar y sentir a Villaverde, que está en el Gabinete en calidad de explosivo para cuando llegue el caso.

Azorárraga — añadió — ha quedado muy escarmentado de la crisis y se plagará en concepto de pasivo a donde sea preciso. Y según se me alcanza, las cosas van de rodada para Maura, de grado o por fuerza.

— ¿Ann contra la voluntad que ha de dar el congreso? — Maura es hombre que se impone a todos, y los cantará el trágico.

— Pueden — dijo, al colarse estas apreciaciones, un diputado conservador de cepa canovista. Por de pronto, aun saliendo de boca sus planes, que eso habrá que verlo, no tendrá adhesiones nuevas sino de la masa amorfa. Los prohombres serios del partido, los que tienen conciencia de sus actos y de la orientación que conviene a la Monarquía, máxime en vista del casamiento del rey, cumplirán su deber.

Los conservadores viejos y los silvestistas creen que el anuncio del plebiscito parlamentario, cuya iniciativa se achacó al Sr. Sánchez de Toca, fué sólo un *ballon d'essai* que, no dándole resultado, ha determinado esta declaración del aludido ex presidente del Consejo, recogida por *La Correspondencia de España*.

El Sr. Maura ha manifestado que su discurso en honor a la memoria del Sr. Silveira no será largo, y en él se limitará a hacer el elogio del finado ilustre, sin mentar para nada ninguna otra clase de cuestiones.

Los conservadores afectos al Sr. Maura rechazan la idea de un Directorio del partido, que elementos de la mayoría han apuntado ya.

El Sr. Sánchez de Toca entiende que únicamente procede apelar a la constitución de Directorios cuando los los prohombres de una agrupación política pueden tratarse de *deus ex machina*, porque la primacía está diluida en la paridad e indeterminación de los merecimientos y calidades. Mas no ocurre esto ahora, porque, ni puede discutir nadie el nombre de Maura para la jefatura, ni el lugar a él.

Cuando desapareció el Sr. Silveira — se refirió al aludido ex ministro — se recurrió incorrecto e ilógicamente a la formación de un Directorio, porque la personalidad de Silveira se levantaba sobre los demás, y yo fui el primero en reconocerlo. Mas aquella resolución, que no debe tener precedente, estaba justificada por la peripetia que en las filas conservadoras causaron aquellas circunstancias excepcionales, y por estar Silveira en el Aventino de la disidencia, al ser muerto Cánovas.

La memoria de Cánovas y de su obra política sirvió a los elementos de la mayoría para reforzar su oposición a la candidatura del Sr. Maura.

— Basta cotejar — advierten — la finalidad en que inspiró sus actos aquel hombre de Estado que perdió España y la que impulsa a este elocuente orador e ilustre abogado.

«La labor de Cánovas tendió a pacificar los espíritus en los tiempos que siguieron a los días agitados de la Revolución; a templar y acallar la ira durante la Restauración los odios concitados por las luchas del fanatismo religioso, garantizando el cumplimiento del art. 11 de la Constitución; a no remover, en fin, ni menos quebrantar, los sillares de las libertades públicas sobre que hubo de asentarse el trono de Don Alfonso XII.

Para el partido conservador, para el trono, para la paz y prosperidad de la patria, que se puede esperar del espíritu clerical y vaticánista de última hora del Sr. Maura?

Los aplausos mauristas que se preparan con el señuelo de la exhumación de Silveira, no serán bastantes a consagrar sólidamente su jefatura. Qué, no fueron estruendosos los que le tributaron en los pasillos del Congreso hace año y medio, ni fueron expresivos los vivas con que se halagó su vanidad? Y, sin embargo, ¿fue jefe, por ello, de los conservadores? Dígalo el pleito que ahora se ventila.

Por su parte, el ministro de la Gobernación declaró ayer y así lo publicamos, que «los jefes naturales de las mayorías son los presidentes del Consejo».

De las mayorías, y cuando están las Cortes abiertas y no hay jefe alguno solemnemente

reconocido y aceptado por todos los ministros, si; pero ello no es serlo del partido, mucho menos cuando ni siquiera se sabe si los de la mayoría un Gobierno, por no haber recibido su confianza plena al cabo de más de cuatro meses de estar constituido y en funciones.

El Sr. Silveira, en su vida política en estos últimos años, estuvo más de una vez retirado, ocupando la presidencia del Gobierno por hombres de la mayoría; y la mayoría no reconocía por esto ni acababa a otro jefe que al Sr. Silveira.

La madeja conservadora no puede estar más enredada. Con lo que unos y otros dicen y piensan el *imbroglio* es mayor.

Sólo falta que se extienda ya ante el Parlamento la partida de defunción al partido conservador, y que estos elementos descompuestos que empiezan ya a despedir un tufillo irresistible pasen a la oposición para ver si pueden reorganizarse o formar un partido católico, fulcro del integrista y amparador de todas las utopías reaccionarias.

POR TELEGRAMA

DESTRUCCIÓN DE COSECHAS

DE NUESTRO CORRESPONSAL

— Burgos 7. Una horrible tormenta de granizo ha arrasado por completo las cosechas de los pueblos de esta comarca.

En Aguilera se amotinó el vecindario ante el Ayuntamiento, solicitando socorros para poder vivir, y la Guardia civil tuvo que intervenir para restablecer el orden. — G.

DESDE ROMA

DE NUESTRO REDACTOR CORRESPONSAL

El Papa y la carta del rey al obispo de Barcelona.

Un alto prelado de la Curia romana me afirmaba ayer que el Papa ha tenido palabras de censura contra el cardenal Casarín por haber publicado intempestivamente la carta del rey Don Alfonso, añadiendo el Santo Padre que en estas cuestiones es menester comportarse con la más grande tolerancia, como hicieron los Papas permitiendo que en sus Estados se erigieran capillas y templos dedicados a diversos cultos, ostentando insignias y emblemas más o menos visibles.

El atentado contra Don Alfonso. La noticia en el Vaticano.

La noticia del atentado anarquista contra S. M. el rey Don Alfonso fué conocida por el Papa el jueves a las once y media de la mañana, después de terminada la solemne misa pontifical. El conde Pecci recibió un parte telegráfico desde Madrid expedido por un enviado suyo, y comunicó la noticia durante la función al embajador español conde de Tejada Valdesera, que se encontraba con los embajadores de las demás potencias en la tribuna diplomática.

El representante español quedó muy impresionado, y se disponía a abandonar la tribuna cuando llegó otro telegrama dirigido al sustituto de la secretaría de Estado, monseñor Della Chiesa, asegurando que Don Alfonso había resultado ileso.

El conde Pecci y otros personajes de la corte querían comunicar en seguida la noticia al Papa; pero el mayordomo se opuso por temor a que pudiera Su Santidad turbarse, y se le participó al terminar la función.

Pío X manifestó profunda pena al enterarse, alegrándose al saber que el rey había resultado ileso completamente. Esta mañana ha celebrado Su Santidad una misa de gracias con tan fausto motivo.

Atentado anarquista en Bari.

En Bari, celebrándose una solemne procesión el día de la Asunción, un joven obrero arrojóse contra un anciano canónigo que llevaba la reliquia de la cruz, ensuciándole con estiércol e hirándole gravemente en la mejilla derecha de una cuchillada. La cruz cayó a tierra y el agresor la pisoteó. Los fieles entonces lanzáronse contra el anarquista, apedrándolo, y le hubieran lynchado si los policías no le hubiesen protegido. Allí el joven declaró ser anarquista y no conocer personalmente al sacerdote, a quien tenía intención de matar solamente por su carácter eclesiástico.

El individuo en cuestión, que sólo tiene diez y siete años, no está afiliado oficialmente al partido ácrata, y su conducta hasta el momento del atentado había sido intachable. Ha impresionado mucho el suceso.

Hace dos semanas, otro anarquista intentó matar al obispo de Reggio, monseñor Marchi, que tomaba parte en una procesión en una aldea cercana a dicha ciudad.

Misa de gracias en la iglesia de España.

En la iglesia nacional de España, de Santiago, en Santa María de Montserrat, se celebró una solemne misa de gracias por haber salido ileso el atentado del rey Don Alfonso. Por iniciativa de la colonia española celebrará de pontifical el cardenal español Vives y Tudó.

Los prelados argentinos

Han sido recibidos por el Papa el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Espinosa, y el de La Plata, monseñor Terero, que han ofrecido a Su Santidad un artístico cofre de plata que encerraba 110.000 libras en oro, representando el óbolo de los católicos de la Argentina.

El Consistorio

El Consistorio que debía de celebrarse a mediados del corriente mes ha sido aplazado, y tal vez no se celebre antes del próximo Noviembre.

HUELGA EN VIGO

DE NUESTRO CORRESPONSAL

Obreros intransigentes

— Vigo 7. Los fabricantes de conservas, Sres. Feu y Compañía, ofrecieron a los huelguistas admitir a la mitad de los trabajadores y colocar a los restantes en otras fábricas, pagándoles el jornal mientras tanto.

La Federación obrera rechazó tal propuesta, diciendo que han de ser admitidos todos, incluyendo a los *esquilados*.

La fábrica hallase custodiada por la Guardia civil. — Gómez.

MINISTRO IRASCIBLE

— Berlín 7. De Belgrado comunican que el ministro de Justicia se encontró frente al teatro a su contrincante Nachitch, y cogiéndole por el cogote le golpeó brutalmente.

El escándalo fué tremendo. — Hahn.

LA REBAJA DE EDADES EN EL EJERCITO

Habla el general Linares

Son tan conocidas las ideas del general Linares respecto al particular, que si traemos a estas columnas sus manifestaciones entre las por nosotros solicitadas con objeto de reflejar la opinión dominante en el Ejército en extremo tan importante, es por no prescindir de opinión tan autorizada como la suya, pues que es el principal *leader* de tal idea.

Desde la época del general Cassola hasta la fecha, a pocos, o mejor dicho, a ningún ministro de la Guerra, le habrá sucedido lo que al general Linares.

— Fino al palacio de Buenavista con una orientación fija, que tuvo su génesis en el estudio que del organismo armado hizo siendo jefe de una de las tantas Secciones del ministerio de la Guerra, y desde el primer día inició rumbos con sus combatidas — pero no discusiones — reformas, seguras en lesón reprobable en un país donde la voluntad es solidaria y el *doles far niente* cualidad recomendable.

— Para qué recordar el famoso folleto donde expuso sus reformas y el vacío en que cayera con su salida del Ministerio? Por entonces, ya apuntó que entre sus proyectos en cartera figuraba la rebaja de dos años en las edades fijadas para el pase a situación de retiro de los generales, jefes y oficiales de todas las Armas, excepción hecha de los Cuerpos de Guardia civil y Oficinas militares.

Apenas iniciado este proyecto, la campaña que contra el mismo se hizo por determinados elementos que sólo veían en él perjuicios personales, es de sobra conocida para que tratemos de volver sobre ella.

Viene por segunda vez al ministerio; parte de sus reformas son aprobadas, y si hubiera continuado poco tiempo al frente del mismo la rebaja de edades en el Ejército sería hoy ya un hecho.

En todos tonos, y con razonados argumentos, ha manifestado el general Linares la necesidad de implantar esta reforma. Hoy si que pensando lo mismo — según a requerimientos nuestros ha manifestado — y como es de los que por ser suya una idea se enorgullece en ningún otro Cuerpo de no admitir modificación alguna, su actual proyecto de rebaja de edades difiere en algo de como lo presenté por primera vez, siendo una de sus más importantes modificaciones el hacerlo extensivo también al instituto de la Guardia civil, por considerar — y con razón — que en ningún otro Cuerpo se necesitarían como en éste las condiciones de vigor fresco e intelectual innato en determinados grados, dado el activo servicio que sus oficiales se ven obligados a efectuar.

Puede, por consiguiente, asegurarse que, si otro cualquier ministro de la Guerra no presenta un decreto rebaja de edades, el general Linares, si ocupa otra vez el despacho de Guerra, entre los primeros proyectos de ley que lleve a las Cortes para su discusión figurará la modificación de la ley constitutiva del Ejército, por lo que a este extremo se refiere.

Puede, por consiguiente, asegurarse que, si otro cualquier ministro de la Guerra no presenta un decreto rebaja de edades, el general Linares, si ocupa otra vez el despacho de Guerra, entre los primeros proyectos de ley que lleve a las Cortes para su discusión figurará la modificación de la ley constitutiva del Ejército, por lo que a este extremo se refiere.

El veedor de dicho pueblo, Francisco Mesas, que en su familia con su padre político, pasando de las palabras a las obras, con tan trágico resultado, que el suceso resultó muerto a puñaladas. Al intentar la sustra y esposa del Mestro evitar la cuestión, fueron también gravemente heridas ambas.

El asesino, después que vió su horrible estado, se asustó a su terrible cuchillada en el cuello, quedando moribundo.

Todo el pueblo ha quedado consternado con este suceso. — P.

NOVEDADES TEATRALES

EN LA ZARZUELA

Debut de Carmen Calvo

«Será cierto que Lucrecia Arana piensa descansar durante el verano? Posible es, y eso hace eruir el *debut* a destiempo que anoche presenciamos en la Zarzuela; pero en tal caso, se han equivocado los que muelven los muñecos en aquel coliseo; Carmen Calvo no puede ausentarse de Lucrecia ni aun en verano: no todo es uno y lo mismo en esas cosas de tipos y tonores.

Por lo demás, Carmen Calvo tuvo anoche un buen recibimiento; hizo la *Rosario del Puño de rosas*, y nadie se opuso a que fuese convenientemente aplaudida por los encargados de esa misión. Eso, en los tiempos que corren, es ya un buen éxito, y como tal cabe apuntarse en su haber a la señorita Calvo, mientras aguardamos los acontecimientos.

De los demás intérpretes poco hay que decir; las únicas novedades del repertorio fueron *Pablo Arana*, que descendió de Juan Antonio a *Tarugo*, y Ruiz de Arana, que hizo el papel dejado por Pablo. Ambos acertaron y Pablo demostró de un modo concluyente que el famoso papel estrenado por Finao, y que tantos elogios ha valido a muchos actores, es de los más fáciles que pueden caer en manos de un cómico, a poco que el cómico valga.

CRÓNICA

Sem Tob, peregrino

En la recepción de Buckingham Palace, una amable nota rabina dejó su melancolía por los salones. No fué brillante ni sonada; no se vistió de bandas ni cintajos, y en la culpa de su sencillez evangélica lleva el pecado de los olivos.

Ningún cronista la acogió; ojos reporteros avizoraron gestos frívolos, dichos sin sustancia, cuadros de insostenible vulgaridad. Ningún espíritu vidente notó la peregrina escena; nadie vió en este cuadro humilde la tierra y altanera guardia de un resplandor de nuestra historia.

«No lo sabéis? Los judíos españoles fueron en comisión ante Alfonso XIII. Los judíos españoles entregaron al rey un memorial. Los judíos españoles pidieron que se les volviera a admitir en nuestra España.

Esta es la noticia, sin quitar ni poner un tilde. En su misma suplicatoria sencillez están los pecados de un pueblo y la glorificación de una gran raza. Felipe III y Aben-Humeya se abrazan en una recepción de Londres.

Descartemos la candidez que tiene; solicitar que se les volviera a admitir en nuestro reino, es de un candor paradisiaco. Nuestra Constitución vigente da por resuelto el gran problema; en España puede establecerse todo el mundo; los extranjeros, sin perder su nacionalidad; y el que, como los judíos, no tenga nación constituida, con naturalizarse, asunto hecho.

Es, pues, la petición una inocencia que, en boca de estos hombres astutos, la avalúa como un engarce. Bien se echa de ver su hermosa tradición de artifices, pulidores de pedras y de joyas.

Mas la consideración principal es ésta: «Por qué, desde el desastre singularmente, los judíos españoles del extranjero no suenan más que con España? Públicos son los testimonios de Salónica; los mensajes que salieron de Melilla y Contadieron en propia mano a Alfonso XIII; aquel pergamino de Sevilla, donde una hermosa hebrea de Triana pedía un cementerio para los de su grey; el otro memorial de los de Argel, donde los moriscos alpujarreños traicionaban a D. Fernando de Valor.

Ante la nueva petición ardiente, la sombra de un gran remordimiento cruza el campo de nuestra Historia. ¿Por qué estos hombres, a quienes sólo hicimos mal, nos demuestran cariño tanto? ¿Por qué los arrojados por nuestro poderío sueñan con acudir a nuestra flaqueza? ¿No es esto, por sí sólo, un gran poema de ternura?

Cuando leemos *La expulsión de los moriscos* un vendaval de indignación nos azota el alma. No caben más infamias ya; diríase que, desde el día histórico en que el pendón real de Castilla fué clavado en las torres alambreadas hasta la noche triste en que un decreto hizo a Felipe III cruel y a Lema sicario, dos siglos españoles se ensañaron con los judíos.

Diríase que desde las coplas de Sem Tob a esta cándida súplica de anteaer, la trabajadora raza hebrea es como el sándalo del hacha: perfuma la mano que la hiere.

Inquisición y el cardenal Mendoza manchan la Historia con sus páginas, mas no las callos, con la sangre hebrea. Venga, en buen hora, el pueblo sin nación, la raza sin bandera y sin escudo, a vivir la comunidad de nuestro idioma, de este idioma señor, donde el juicio rabí clásico sembró su semilla de humildes:

No val la rosa menos por nacer en espino, ni los ejemplos buenos por los decir judío...

Cristóbal de Castro.

POR TELEGRAMA

LA BODA DEL KRONPRINZ

DE NUESTRO CORRESPONSAL

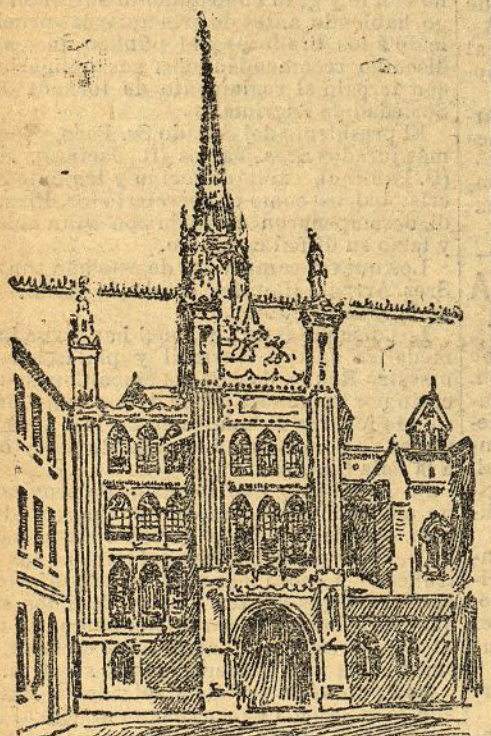
— Berlín 7. Se ha celebrado el acto religioso del enlace del príncipe heredero. El cortejo nupcial se componía de los soberanos y los príncipes de Alemania, que rodearon a los novios. En el momento en que se cambiaban los anillos nupciales, las 300 piezas de artillería que rodean a Berlín hicieron las salvas de ordenanza. El pueblo ha tomado una parte muy activa

El rey en Inglaterra

INFORMACIÓN TELEGRÁFICA DEL DIARIO UNIVERSAL

Visitando el Parlamento

— Londres 6. Don Alfonso, que tenía mucho interés en visitar la Cámara de los Comunes, se presentó en ella por la tarde sin previo aviso; pero como la visita coincidió



El Guid-Hall

con la clausura inesperada de las sesiones, el rey no pudo presenciar los debates. Después visitó la Cámara de los Pares, que también se encontraba en el mismo edificio que el anterior.

Recepción en la Embajada española

— Londres 6. A las cinco fue Don Alfonso a la Embajada española, en donde se verificó la recepción. Los invitados y las delegaciones, apenas llegaban, eran encaminados al comedor, donde reinaba la mayor animación. El embajador y el personal de la Embajada hacían los honores. Los criados vestían calzoncillo rojo y casaca azul.

A las cinco en punto llegó Alfonso XIII. El rey dio la mano a todo el personal de la Embajada y ofreció el brazo a la señora de Polo de Bernabé para subir a la sala de recepción, situada en el primer piso.

Todos los funcionarios de la Embajada le siguieron. Además de la recepción de la colonia española, el rey ha celebrado otra recepción particular, a la cual asistieron la duquesa de Wellington, la duquesa de Manchester y otros muchos personajes. En seguida se verificó la recepción general, en la que tomaron parte doscientos invitados.

La colonia española, numerosamente representada, hizo entrega a Don Alfonso de una preciosa arquilla de plata, estilo Renacimiento, que contiene un homenaje escrito en pergamino, y que dice así:

— Señor: Los españoles residentes en el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda, llenos de la más viva satisfacción, tenemos la soledad honra de elevar respetuosamente a V. M. la expresión de nuestra más entusiasta bienvenida.

Alejados de la patria, la distancia que de ella nos separa solo contribuye a aumentar, si cabe, nuestro amor a España y a nuestro orgullo, afirmando la solidaridad nacional que nos une, como parte integrante, al pueblo cuyo corazón V. M. posee.

Con intensa emoción y legítimo orgullo llamamos a V. M. a la querida patria ausente, y bendecimos, con los demás españoles, los sabios y generosos impulsos de V. M., que viene a estos reinos a estrechar lazos de paz, de unión y de concordia que a todos interesan, y a mostrar que la vida española, la que abrió nuevos rumbos a la humanidad infinitos horizontes a la civilización, está dignamente representada en el amplio y generoso espíritu moderno que anima todos los actos de V. M., que espléndidamente han desarrollado la obra por ella comenzada.

Dignados, señor, aceptar la expresión sincera y calurosa de nuestra leal adhesión y los fervientes votos que hacemos por que Dios

en la fiesta, asociándose al entusiasmo de la familia imperial.

Después del canto llano, el pastor pronunció un discurso sobre el texto del libro Ruth, escogido por el emperador.

El discurso puede condensarse en los párrafos siguientes:

— «Hombres y reyes son iguales. Ahora se han enlazado dos príncipes. Todos los días se enlazan muchos ciudadanos. Todo es igual. Ni el trono ni la cabaña son techumbres que defiendan la desdicha.

Por la esperanza del pueblo germánico esperamos que esta unión sea nueva causa de gloria para todos.

Después de la ceremonia, el emperador, la emperatriz y los príncipes se dirigieron con gran pompa a la galería de cuadros del castillo.

El kaiser dió un beso en la frente a la mujer de su hijo, diciendo:

— «Serás dichosa. En vuestro corazón generoso deposita la esperanza de un pueblo».

Después, el emperador Guillermo II dió la mano a su hijo y con voz alta exclamó:

— «Se os ha entregado una esposa; se os entregará un imperio. Sed digno de la doncella ilustre que se os confía y del pueblo que mandaráis cuando Dios lo disponga.

El día de ayer fue de fiesta en el imperio germánico. —Hahn.

Los invitados, dando el brazo a la embajadora y al embajador, que daba el suyo a la duquesa de Wellington.

Una vez tomado el té, el rey recibió a las delegaciones, siendo la primera la de las personas que tienen negocios en España, entre ellas los jefes de las casas de banca Zulueta, Melzer y Max-Andrew. Vinieron luego los personajes ingleses que poseen condecoraciones españolas, entre los cuales figuran con grandes cruces el duque de Wellington, los generales Forester y Hume, y como comandantes de número, el general Maxhen y el conde de Ward.

Le siguió la delegación de los israelitas ingleses de origen español, los cuales presentaron una petición a S. M. para que conceda a sus hermanos de España los privilegios de que disfrutaban antes de la expulsión hace cuatro siglos. Presidía esta delegación el barón de Montefiore y el primer rabino Ubelos de Gaster. Presentaron su mensaje en un pergamino rojo y amarillo.

El Mensaje declara que los israelitas de origen español recuerdan una gran época histórica en que hebreos y españoles estaban unidos, y que todos los hebreos aman a ese bello país.

Después recibió el rey a la Comisión numismática, a los representantes de la beneficencia iberoamericana, a los miembros de la emigración sudamericana, a los representantes de la Cámara de Comercio de España, y, finalmente, a las personalidades salientes de la colonia, entre ellas a todos los periodistas y a los concejales del Ayuntamiento de Madrid.

Entre las personas que concurrieron a la recepción hallábase el ilustre anfitrión Manuel García, el inventor del laringoscopio, y a quien hace poco se tributó en Londres una gran manifestación de simpatía con motivo de su centenario.

Cuando el rey pasó delante de D. Manuel García, éste dijo con voz trémula por la emoción:

— Señor, un viejo español os saluda con toda reverencia.

Don Alfonso estrechó la mano de D. Manuel García, y le contestó:

— Me es muy agradable conocer a usted y saludarle como una gloria española. Adiós, Sr. García.

Y cuando el rey abandonó el Palacio de la Embajada, uno de los españoles que más

aplaudieron al rey fue D. Manuel García, que lo hizo hasta que las fuerzas lo faltaron.

Contratación del rey a un Mensaje

— Londres 6. En el Mensaje leído por el arzobispo Bourne con motivo de la visita del rey Alfonso a la capilla del Sacramento de la catedral de Westminster, se recuerda que su construcción se debe únicamente a la piadosa generosidad de España, y en dicho documento se invoca la bendición del cielo para Don Alfonso, Doña María Cristina, la familia real y la nación española.

Al expresado documento Don Alfonso contestó en inglés:

— «Os agradezco, en nombre de mi familia y en el mío, la afectuosa acogida que me habéis dispensado.

Espero, con vosotros, y tengo confianza en la bendición de Dios, que el día de mañana, recibiendo de mi augusto huésped, el rey Eduardo, pruebas del más sincero afecto, y donde el cielo de la catedral metropolitana de Westminster ha invocado del cielo abundantes bendiciones para mi augusta y amada madre y para la nación española, contribuiré poderosamente a estrechar más y a hacer más duraderos los lazos que unen Inglaterra a España.

Os vosotros ruego al Todopoderoso que prodigue sus beneficios a favor de la Gran Bretaña y de la cristiandad. —Dobor.

Presenciando el torneo militar

— Londres 6. Al torneo naval militar ha asistido el rey acompañado del duque de Connaught.

El interior del teatro, que había sido decorado rápidamente de flores con los colores españoles, estaba atestado de gente, calculándose la concurrencia en unas 20.000 personas.

El palco regio estaba decorado con flores blancas, rojas y amarillas. En los palcos reservados estaban los generales Buller, Abadie, Green, Wilkinson, coronel Larkhart, lord Stanley y los ministros belgas y holandeses. En el último momento llegó lord Rosebery.

Al presentarse Don Alfonso en el palco se le tributó una inmensa ovación entre los acordes de la Marcha Real. Don Alfonso permaneció de pie durante algunos minutos, haciendo reverencias con el semblante muy simpático.

El rey presenció el acto durante hora y media, aplaudiendo las maniobras que hacía la Artillería y las maravillosas evoluciones de las tropas. Cuando se retiró fue objeto de una ovación entusiasta.

Los brindis del banquete de Buckingham.

El del rey Eduardo. El de Don Alfonso. — Londres 7. En el banquete celebrado en el palacio de Buckingham en honor del rey Don Alfonso, el rey Eduardo pronunció en inglés el siguiente brindis:

— «Si deseaba esta ocasión para expresar a V. M. en nombre de la reina de Inglaterra y el mío propio, el placer que nos proporciona la feliz llegada de V. M. Sois aquí huéspedes de honor. Siempre hemos deseado vuestra visita a Inglaterra anhela rivalizar en amigable competencia con el país que acabáis de visitar en cuanto al amigable recibimiento que allí y aquí se os ha dispensado.

El pueblo inglés os ha recibido con aclamaciones que os correspondían por derecho. Sois nuestro amigo, sois el jefe de una nación amada.

Muchos años se han pasado desde que un soberano español desembarcó en nuestras costas. Por ser cosas de tiempos viejos pueden haber sido olvidadas. Pero más reciente recuerdo evoca el que vuestro padre ilustre, cuya muerte fué deplorada de nosotros y cuya alta condición moral aprecié en cuanto valió, fué en Inglaterra estudiante y honró nuestro Colegio militar de Sandhurst y que llevó el uniforme de los cadetes de aquella institución militar.

Nos es igualmente grato el que V. M. haya aceptado el rango y el uniforme de general británico. Eso nos complace grandemente.

Aunque V. M. haya sido privado de los consejos del padre augusto, habéis tenido en vuestro madre insignia, S. M. la reina Doña María Cristina, el consejo continuo de las cualidades que ella posee, con las que os ha preparado para los arduos y difíciles deberes que la historia os impone.

Inglaterra y España han sido frecuentemente naciones aliadas, y como aliadas permanecen por beneficio de la paz, del progreso y de la civilización del género humano.

Yo bebo, señor, por la salud de V. M., rey de España, y por la prosperidad de la nación española, por la que impetro la bienandanza celestial.

A este brindis contestó en francés Don Alfonso con el siguiente:

— «Señor: Profundamente emocionado y con vivo sentimiento de mi alma, os agradezco de todo corazón, por mi mismo y por mi augusta madre la reina, las amables palabras de V. M. felicitándome por mi feliz arribo a este noble país, al que me unen vínculos muy fuertes de intereses nacionales, como rey de España, y al que me enlazan otros personalísimos que no se borrarán nunca de mi memoria.

En el colegio de Sandhurst recibí mi padre el rey Don Alfonso XII, de inolvidable y tierna memoria para mí, su educación militar, y allí firmó un documento histórico en que confirmó sus propósitos constitucionales, teniendo siempre como ejemplo augusto a la gran reina del pueblo británico, vuestra madre augusta y venerada, que llenó con su bondad y con su gloria casi todo el siglo anterior.

La cordialidad de sentimientos, la mutua afectación que une a nuestras dos familias reales, presiden también a las dichas relaciones que existen para ventura de todos entre España y el imperio británico y que deben desarrollarse en el porvenir de los dos países amigos.

Levanto mi vaso en vuestro honor, en el do vuestra augusta esposa, pidiendo al cielo que os otorgue salud, dicha y prosperidad, así como a la nación floreciente y a las colonias sobre que imperáis.

LA RECEPCIÓN EN LA CITY

Decoración del trayecto. Profusión de banderas

— Londres 7. Durante la noche última numerosas escuadras de obreros han estado trabajando en el decorado de las calles que comprende el trayecto que ha de recorrer el cortejo para la recepción en la City.

El expresado trayecto abarca una extensión de seis a siete kilómetros, en los cuales no hay un metro sin adornos.

Todo el centro de Londres está de fiesta, viéndose inmensa profusión de banderas en las ventanas y en las portadas de las tiendas; colgaduras en las casas y en los edificios públicos; anchas fajas y estandartes, que sostienen por cuerdas, cruzan las calles; tapices estampados y pintados, mástiles a la veneciana, trofeos de armas, guirlandas, etc.

Todo este decorado es análogo al mostrado cuando vinieron Lobout y el rey de Italia, siendo la nota nueva la profusión de las banderas españolas. Hay que advertir que todo lo ha hecho la iniciativa particular.

A primera vista, y para quien no conozca los usos y tradiciones inglesas, esta enorme acumulación de ornamentos vistosos y baratos, produce la impresión de estar hecha por un pueblo grande de escaso gusto; pero estas banderas y estandartes son algo más

que una simple profusión; son los símbolos que recuerdan algo de la historia y de la vida de Inglaterra, que viene a ser el país de las banderas. —Dobor.

Las tropas cubren la carrera

— Londres 7. Las tropas han comenzado a llegar a sus puestos, extendiéndose en línea por las calles de la City, en un cortejo de oro, según de

Para esta larguísima fila han sido necesarios 20.000 hombres del ejército regular además de los voluntarios londinenses, cuyo uniforme, casi civil, contrasta con el brillante uniforme de las tropas.

La gente, siempre abundante en la calle de la City, circula por detrás de las filas de los soldados.

Los carruajes, como de costumbre, circulan por el centro de la calle; pero media hora antes de que se ponga en movimiento el cortejo bastaron pocas órdenes de los policemen para que los coches entren en las calles laterales y la vía quede libre.

Los puntos de salida y de llegada, alrededor de los cuales va aumentando el gentío, ofrecen un curioso contraste.

El primero, palacio de Buckingham, tiene un aspecto de magnificencia y lujo modernos, surgiendo aislado entre las magníficas avenidas de árboles, y en el frente del elegante parque de San Jaime y en torno al palacio y en las avenidas se ven escalonados escuadras de soldados, gigantescas columnas de espléndido uniforme de estilo napoleónico, con pantalones de ante, con sus corbatas centelleantes y con sus cascos con crines.

El punto de llegada, el Guid-Hall, lo forma una angosta plaza medieval que permanece cerrada al público, merced a la honorable compañía de artillería de la City, que monta la guardia.

Salvas de la Artillería. El cortejo se pone en marcha. Saludos con la mano y no vítores

— Londres 7. A las doce y quince dispararon varias salvas en el parque de Artillería de San Jaime. Inmediatamente los coches empiezan a salir y la comitiva se organiza rápidamente y se pone en marcha, siguiéndola, como escuadra, un magnífico escuadrón.

El cortejo atraviesa las calles a un trote corto, siendo saludado el rey por la multitud que, en las verjas, al público de Londres no acostumbrado a prorumpir en aclamaciones.

El paso del cortejo despierta un murmullo de simpatía, agitando los sombreros y los pañuelos.

La impresión principal la produce la juventud del rey, oyéndose a las señoras exclamar:

— He is quite a boy. (Es un verdadero niño.)

Llegada a Guid-Hall

— Londres 7. Hay estacionada una inmensa multitud en Guid-Hall. Media hora antes de llegar al cortejo, el gentío situado en las calles de Holborn, Newgate y Chancery, toma posiciones en tiendas, ventanas y balcones.

La carrera, amplia y desierta en el centro con dos filas de brillantes soldados, presenta un soberbio golpe de vista, cuyo fondo es el Guid-Hall.

A parte de algunos pabellones, establecidos más por conveniencia que por lujo, no hay nada de festivo, ni de adornos, que en el trayecto. En la Biblioteca, donde están los invitados, nótese la expectación de las grandes ocasiones. —Dobor.

Alrededor de la plaza de Guid-Hall se ha construido una especie de marquesina para que las personas que descienden de las carrozas no lo hagan al descubierto.

La mar de las salas destinadas a Exposición de pinturas se ha preparado de un modo conveniente para recibir a la familia real inglesa y a los personajes de la corte, que esperarán en ella la llegada del rey.

El gran dosel de costumbre ha sido erigido bajo la gran vidriera donde se ha colocado la gigantesca silla antigua de cuero y en ella para el rey mayor, y a la derecha una butaca para el rey.

Delante de esta silla está una mesa y sobre ella el martillo de plata que representa la autoridad de la City y el cetro de oro donde será colocado el saludo de la Corporación al soberano. A la derecha de la mesa hay una fila de sillas para los señores, y a la izquierda, entre las arcedas, tres filas de sillas para la familia real inglesa.

Dos gradas más abajo hay otras dos mesas para los oficiales de la Corporación.

El resto de la sala lo ocupan sillas para los consejeros de la Corporación.

La sala está casi desnuda de adornos, viéndose únicamente algunos festones de flores alrededor de la gran chimenea, y nada más.

El lord mayor y los invitados

Hacia la una, entre los invitados aparecen los señores con sus vestidos color escarlata. Se sientan en las sillas, aproximándose a la silla del lord mayor y lo colocan la cadena de oro.

Después aparecen los principales consejeros con sus trajes a lo Mazarrin y los uniformes del lugarteniente de la corte y de la imperial Yeomanry de la City.

Veinte minutos después una banda de heraldos anuncia al lord mayor, visitando la amplia sala de recepción, con el cetro de oro y la corona y las joyas históricas de la City, la cadena de oro y colgantes de diamantes: traje empleado siempre que los señores visitan la City.

Acompañan al lord mayor los jefes y los portadores de la espada y de la masa.

Apenas el lord y los jefes ocupan sus sillas comienza la presentación formal de los invitados, que atravesando el paso dejado en la sala entre las dos filas de sillas, acercan a estrechar la mano del lord entre los aplausos de los presentes que se hacen extensivos a Balfour y Chamberlain y al arzobispo de Cantorbery y obispos católicos de Londres.

Los ministros y los ex ministros forman el grupo del lado derecho del lord mayor, cuando entre sí. Estos visitan, como de costumbre, el traje de consejeros privados del trono, con calzón corto y espadín.

Algunos otros invitados visten el traje de corte, pero la mayoría llevan frac. Mientras se verifican las principales presentaciones, los personajes de la corte y los príncipes y las princesas se encuentran en la Sala de Pinturas, que se abre directamente sobre la calle y en donde siempre se verifica la recepción.

Antes de la una, el lord mayor abandona su silla—que inmediatamente ocupa un alcaide—para marchar a la Sala de Pinturas y recibir al rey a su llegada.

Pocos minutos después los trompeteros de la plaza anuncian la llegada del cortejo, y la Marcha Real se repite en seguida la Marcha Real española.

Llega el rey

La ceremonia de la recepción en la Sala de Pinturas termina rápidamente.

Después, por la puerta principal de la Biblioteca y siguiendo el largo corredor gótico, comienza la entrada solemne del rey en Guid-Hall.

Los trompeteros van a la cabeza, siguiendo el mariscal de la City, los subjes, los miembros del Comité de recepción, el secretario de la Corporación, los jefes, los alcaides, los archiveros y todo el núcleo pintoresco de funcionarios medievales y ceremoniales del Guid-Hall.

Al llegar el rey está en la sala una explosión de aplausos.

Don Alfonso va al lado del lord mayor, siguiendo los príncipes, las princesas, la Corte inglesa y los principales personajes del séquito español.

El lord mayor ocupa su silla en el centro del dosel, teniendo a su derecha al rey; los restantes puestos de honor los ocupan los príncipes ingleses y los personajes españoles.

La ceremonia. El Mensaje de la City al rey

Londres 7. Comienza la ceremonia poniéndose en pie y tomando la palabra el Town clerk (secretario de la Corporación), el cual declara que no hay nada que hacer con los números uno, dos y tres de la agenda, que son todos ellos cuestiones de negocios de la City, pero que deben ser, según el procedimiento, nombrados, aunque se sabe muy bien que nada tienen que ver con la ceremonia que se celebra.

Seguidamente llega el número cuatro, que se refiere a la presentación de un Mensaje al lord mayor de la City, en un cortejo de oro, según de

ciencia tomada por la Corporación hace meses y de la cual el Town clerk lee el texto.

El cofre de oro reposa en tanto sobre la mesa, atrayendo las miradas con su rica y artística apariencia.

Levantase luego el Recorder, que lee el Mensaje, el cual empieza según la fórmula tradicional con las palabras de «Nuestro gracioso rey», y termina con «os damos las gracias en nuestro nombre y en el de nuestros convecinados por el honor que nos hacéis, etc.».

— Londres 7. En el Mensaje del lord mayor éste hace resaltar con placer los sentimientos de amistad que existen desde hace varios años entre los dos países, y expresa la admiración que los ciudadanos de Londres tienen por los triunfos literarios y artísticos españoles y por los servicios que ha hecho España a la civilización.

Recuerda los lazos sociales y comerciales que han unido siempre a los dos países, con ventaja común.

El rey, que vestía uniforme de general inglés, dió brevemente las gracias.

Cuando el Recorder concluye la lectura, el lord mayor se vuelve hacia Don Alfonso y le dice:

«Tengo el placer de rogáros que aceptéis una copia del Mensaje, a lo cual contesta el rey dando las gracias.»

El lord mayor propone entonces que el Mensaje sea recordado en el libro del Guid-Hall y que no se envíe copia alguna a ningún miembro de la Corporación. Esta propuesta es aprobada con general aplauso.

Luego se verifica la rápida presentación al rey de los alcaides, jefes y otras autoridades de la City.

Terminada la presentación, el lord mayor se levanta y se dirige con el rey y los principales invitados a la sala pequeña, donde están algunos minutos, mientras el grueso de los invitados ocupa su sitio en la mesa del banquete. —Dobor.

El banquete

Londres 7. La sala en que se celebra el banquete ofrece un soberbio aspecto. Es la mayor sala del Guid-Hall, un verdadero salón colosal, digno de los banquetes pantagruélicos que tan característicos son de esta Corporación.

El salón está maravillosamente adornado. A un lado hay una curiosidad, compuesta de dos estatuas, una de Gog y otra de Magog, talladas en madera, del siglo XVII, que se acostumbra sacar en procesión por el lord mayor. También hay en ella dos monumentos a lord Nelson y otro a Wellington, y los bustos de Pitt, Disraeli y Gladstone.

En el centro del salón hay una inmensa mesa de forma de herradura, en medio de la cual, y bajo un dosel de sólida encaña con el estandarte de la City, toman asiento el lord mayor, que tiene a su derecha al rey Alfonso, y los señores de la corte.

En otras mesas situadas a la derecha y a la izquierda toman asiento hasta cerca de 600 miembros de la Corporación.

La mesa central la adornan de 4 a 5.000 orlas colocadas en copes de oro, que luego se conservarán en Guid-Hall. Las flores que habrá en la mesa ascenderán a unas 30.000.

Los platos y copas, como los cubiertos de oro que hay sobre las mesas, valíanse en 12 millones de francos.

Al llegar el momento de los brindis, levántase lord mayor y dice:

«Tengo el honor de proponer que se beba a la salud del rey Eduardo y de la reina Alejandra y a la de nuestro huésped el rey Alfonso.» —Dobor.

NOTICIAS OFICIALES

Los despachos del Gobierno dan hoy cuenta del banquete celebrado en la Embajada, añadiendo que S. M. es objeto en el tránsito de continuas muestras de afecto, respeto y simpatía, mostrando el público grande curiosidad por verle, pues su arrojo y serenidad en el atentado de París han producido agradable impresión en el ánimo de los ingleses.

Otro accidente

También participan los telegramas oficiales un nuevo accidente de que ha sido víctima Don Alfonso, pero que fué felizmente no ha revestido importancia.

Salta S. M. de la visita al Museo, a donde había ido en un automóvil facilitado por la Casa Real, y en el trayecto, sin que se sepa la causa, se incendió el vehículo que lo conducía.

Gracias a un particular que ocupaba otro automóvil y se le ofreció galantemente, no se vio obligado el rey a continuar a pie su camino.

POR TELEGRAMA

NOTAS BARCELONESAS

— Barcelona 7. Fuerzas de Carabineros han realizado gestiones para averiguar si se han embarcado o no cuatro cañones para el Roghi.

El resultado hasta ahora ha sido negativo.

El zarpado para aguas de Tarragona el cañonero Lepanto.

Los concejales republicanos se proponen presentar al Ayuntamiento una proposición pidiendo que de los festejos del Corpus no se destine ninguna cantidad para fiestas religiosas. —Mencheta.

POR TELEGRAMA

La dimisión de Delcassé

Nota oficial

— París 6. La Nota oficial facilitada a la Prensa dice que durante el Consejo, habiendo notado Delcassé algunas divergencias de apreciación en sus compañeros respecto a la aplicación de la política exterior seguida hasta ahora, ha presentado la dimisión.

El presidente del Consejo le expresó el sentimiento de todos sus colegas, y en nombre de todo el Gobierno rindió homenaje a los servicios prestados por Delcassé durante siete años a los grandes intereses de Francia. —Clement.

Animación en los pasillos. ¿Se encargará Louvier?

— París 6. Los pasillos de las Cámaras están animadísimos con motivo de la dimisión de Delcassé.

Assegurábase que Millierand tomaría la cartera de Hacienda, y que Louvier quedaría con la de Negocios Extranjeros, desandando liquidar por sí mismo la cuestión de Marruecos.

Servicios de la Compañía Transatlántica

Línea de Cuba y Méjico.—El día 17 de Junio saldrá de Bilbao, el 20 de Santander y el 21 de Coruña, el vapor *Alfonso XIII*, directamente para Habana y Veracruz. Admite pasaje y carga para Costa Rica y Pacífico con transbordo en Cuba al vapor de la línea de Venezuela-Colombia. Combinaciones para el litoral de Cuba e Isla de Santo Domingo.

Línea de New-York, Cuba y Méjico.—El día 26 de Junio saldrá de Barcelona, el 28 de Málaga y el 30 de Cádiz, el vapor *Monserat*, directamente para New-York, Habana y Veracruz. Combinaciones para distintos puntos de los Estados Unidos, litorales de Cuba e Isla de Santo Domingo.

Línea de Venezuela-Colombia.—El día 11 de Junio saldrá de Barcelona, el 13 de Málaga y el 15 de Cádiz, el vapor *Manuel Calvo*, directamente para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanailla, Curaçao, Puerto Cabello y La Guayra, admitiendo pasaje y carga para Veracruz con transbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las Compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. Combinación para el litoral de Cuba y Puerto Rico. Se admite pasaje para Puerto Plata con transbordo en Puerto Rico, y para Santo Domingo y San Pedro de Macoris, con transbordo en Habana. También carga para Maracaibo, Coro, Carupano, y Cumaná, con transbordo en Puerto Cabello, y para Trinidad, con transbordo en Curaçao.

Línea de Filipinas.—El día 21 de Junio saldrá de Barcelona, habiendo hecho las escalas intermedias, el vapor *Gaetano López López*, directamente para Génova, Port-Saïd, Suez, Colombo, Singapur y Manila, sirviendo por transbordo los puertos de la costa oriental de África, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Buenos Aires.—El día 3 de Junio saldrá de Barcelona, el 5 de Málaga y el 7 de Cádiz, el vapor *Cataluña*, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires.

Línea de Canarias.—El día 17 saldrá de Barcelona, el 18 de Valencia, el 19 de Alicante, el 20 de Málaga y el 22 de Cádiz, el vapor *M. L. Villaverde*, directamente para Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de la Palma y Santa Cruz de Tenerife, regresando a Barcelona por Cádiz, Alicante y Valencia.

Línea de Tánger.—Salidas de Cádiz: lunes, miércoles y viernes. Salidas de Tánger: martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables, y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas a familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. La empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques.

AVISOS IMPORTANTES

Rebajas en los fletes de exportación.—La Compañía hace rebajas de 30 por 100 en los fletes de determinados artículos, con arreglo a lo establecido en la Real orden del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio y Obras públicas de 14 de Abril de 1904, publicada en la *Gaceta* de 22 del mismo mes.

Servicios comerciales.—La sección que de estos Servicios tiene establecida la Compañía, se encarga de trabajar en Ultramar los muestrarios que le sean entregados y de la colocación de los artículos cuya venta, como ensayo, deseen hacer los exportadores.

Cuando Quiera Vd. Píldoras, tome las de Brandreth

Puramente Vegetales.
Siempre Eficaces.

Curan el Estreñimiento Crónico.

Las Píldoras de BRANDRETH, purifican la sangre, activan la digestión, y limpian el estómago y los intestinos. Estimulan el hígado y arrojan del sistema la bilis y demás secreciones viciadas. Es una medicina que regula, purifica y fortalece el sistema.

Para el Estreñimiento, Várices, Somnolencia, Lengua Sucia, Aliento Fétido, Dolor de Estómago, Indigestión, Dispepsia, Mal del Hígado, etc., y los desórdenes que dimanan de la impureza de la sangre, no tienen igual.

DE VENTA EN LAS BOTICAS DEL MUNDO ENTERO.

40 Píldoras en Caja.

Emplastos Porosos de Allcock

Remedio universal para dolores.
Donde quiera que se sienta dolor aplíquese un emplastro.
Véase en España: J. URICH & Co., BARCELONA.

PLANCHADORA

Calle San Andrés 31 tienda

ANDUAGA

compra joyas y piedras preciosas por todo su valor. Montera, 24, relojería.



La Prensa

SOCIEDAD ANUNCIADORA

Oficina Central: Calle del Carmen, 10, 1.

Sucursal: MAYOR, 1

TELÉFONO 123

MADRID

Industria importante privilegiada

de primera necesidad. A las personas industriales y a las familias en general. Con un capital de 100 a 150 pesetas, manejadas por el mismo y con sólo tres días de trabajo cada semana, se consigue de 4 a 5 pesetas diarias. Se mandan explotar colonias, en los desiertos, en las montañas, en las playas, mandando en salios 20 céntimos para la explotación, 4 D. Nicolás y en La Malloquina, Landaburu (Alava), Vitoria.

En nuestra Administración, San Marcos, 37, se admiten anuncios y suscripciones

NUESTRA NOVELA (29)

Tomás Gordeieff

POR MÁXIMO GORRI

Traducción de la casa Tasso, de Barcelona

—¿Cómo usted, papá? Puede ser que las pérdidas no sean tan importantes...

—No tan importantes—gritó Maikín—.

—¿Qué entiendes tú de eso, tonillita? Un barco destruido, un hombre perdido... ¡he aquí el negocio! Y ese hombre me es útil... ¡gentileza, bruto sin seso!

El viejo sacó de su bolsillo la cabeza, y dijo: «¡Grandes pasos hacia la casa!».

Monstruos tanta luz esta escena en casa de Maikín, Tomás se encontraba a cuatrocientas varas (1) de su padrino, en una cabana de campesinos, a orillas del Volga. Acababa de despertarse, acostado sobre un lecho de heno fresco, colocado sobre el mismo suelo, y seguía con mirada atardecida, a través de los vidrios, los jirones de nubes grises y pesadas. El viento lo fraccionaba y lo esparcía por el cielo.

Desfilaban espesos y negros, como cargados de tedio, parecido a un tropel de animales, se atropellaban los unos a los otros, se reunían en una sola masa compacta, después se separaban de nuevo y descendían hacia la tierra en un resaca mudo, para remontarse luego hacia el cielo, unirse todavía y soldarse en un bloque compacto.

La cabeza atontada por los vapores del vino, Tomás permaneció largo tiempo inmóvil, absorto en la contemplación de aquel movimiento incesante, y al fin le pareció que aquellas nubes oscuras y silenciosas se infiltraban hasta lo más profundo de su ser, como un vapor fétido y helado. Aquella agitación incierta hacia adentro en una impresión de impotencia y de miedo. Y aquella impotencia y aquel miedo los sentía espontáneamente en el fondo de su corazón; tuvo la impresión de la vida que había vivido durante los últimos meses.

Le parecía haber caído en un torrente de agua turbia. Ocasionalmente en un todo parecido a las nubes, le asían y le lanzaban al espacio.

En medio del estrépito y de la oscuridad, surgían siluetas borrosas de individuos, jamás los mismos; los de hoy no eran los de ayer, pero todos igualmente inmortales y tristes. Borrachos, ruidosos y voraces, daban en torno suyo, como las hojas que el huracán arranca, se reían de lo, le injuriaban, se peleaban, gritaban y lloraban, todo a la vez. El también les golpeaba... Se acordó de haber golpeado un día a uno en el rostro, de haberle arrancado su gabán y de haberle arrojado al agua. Oírlo sentir todavía sobre sus manos los labios fríos, viscosos, ropugantes, como los de las ranas... Le besaban las manos, y le suplicaban, llorando, que no los maltratase más. Su memoria evocó los rostros, los sonidos, las voces... Una mujer, en traje amarillo completamente desahogado, cantó con voz fuerte, que resonó como un sollozo.

Vicinos como ahora cuando nos era posible, y todo, tras nosotros, se agostó y se marchitó.

...Todas aquellas gentes eran, como él, arrolladas por la misma ola, arrastradas como artistas, enloquecidas y atontadas... Y aquellas gentes no osaban mirar hacia adelante, para saber adónde les llevaba la ola furiosa. Ahogaban su terror en el vino, seguían la corriente, luchaban, gritaban, se enloquecían con extravagancias, se saciaban de batallas, sin encontrar jamás la calma ni el placer. Y él, él había sido su compañero, y hacía lo que ellos... Y, entre tanto, se decía que había obrado así por miedo de sí mismo, por atravesar más ligero aquella parte de su vida, o acaso también por evitarle de pensar en el porvenir...

En medio de aquellas gentes, que el apetito del libertinaje, las pasiones brutales y las orgías enloquecían, que buscaban ardentemente el olvido en el desorden, sólo Sacha permanecía siempre tranquila, siempre igual. No se embriagaba jamás, hablaba siempre con la misma voz firme y autoritaria, y se mantenía

niamente en el fondo de su corazón; tuvo la impresión de la vida que había vivido durante los últimos meses.

Le parecía haber caído en un torrente de agua turbia. Ocasionalmente en un todo parecido a las nubes, le asían y le lanzaban al espacio.

En medio del estrépito y de la oscuridad, surgían siluetas borrosas de individuos, jamás los mismos; los de hoy no eran los de ayer, pero todos igualmente inmortales y tristes. Borrachos, ruidosos y voraces, daban en torno suyo, como las hojas que el huracán arranca, se reían de lo, le injuriaban, se peleaban, gritaban y lloraban, todo a la vez. El también les golpeaba... Se acordó de haber golpeado un día a uno en el rostro, de haberle arrancado su gabán y de haberle arrojado al agua. Oírlo sentir todavía sobre sus manos los labios fríos, viscosos, ropugantes, como los de las ranas... Le besaban las manos, y le suplicaban, llorando, que no los maltratase más. Su memoria evocó los rostros, los sonidos, las voces... Una mujer, en traje amarillo completamente desahogado, cantó con voz fuerte, que resonó como un sollozo.

Vicinos como ahora cuando nos era posible, y todo, tras nosotros, se agostó y se marchitó.

...Todas aquellas gentes eran, como él, arrolladas por la misma ola, arrastradas como artistas, enloquecidas y atontadas... Y aquellas gentes no osaban mirar hacia adelante, para saber adónde les llevaba la ola furiosa. Ahogaban su terror en el vino, seguían la corriente, luchaban, gritaban, se enloquecían con extravagancias, se saciaban de batallas, sin encontrar jamás la calma ni el placer. Y él, él había sido su compañero, y hacía lo que ellos... Y, entre tanto, se decía que había obrado así por miedo de sí mismo, por atravesar más ligero aquella parte de su vida, o acaso también por evitarle de pensar en el porvenir...

En medio de aquellas gentes, que el apetito del libertinaje, las pasiones brutales y las orgías enloquecían, que buscaban ardentemente el olvido en el desorden, sólo Sacha permanecía siempre tranquila, siempre igual. No se embriagaba jamás, hablaba siempre con la misma voz firme y autoritaria, y se mantenía

niamente en el fondo de su corazón; tuvo la impresión de la vida que había vivido durante los últimos meses.

Le parecía haber caído en un torrente de agua turbia. Ocasionalmente en un todo parecido a las nubes, le asían y le lanzaban al espacio.

En medio del estrépito y de la oscuridad, surgían siluetas borrosas de individuos, jamás los mismos; los de hoy no eran los de ayer, pero todos igualmente inmortales y tristes. Borrachos, ruidosos y voraces, daban en torno suyo, como las hojas que el huracán arranca, se reían de lo, le injuriaban, se peleaban, gritaban y lloraban, todo a la vez. El también les golpeaba... Se acordó de haber golpeado un día a uno en el rostro, de haberle arrancado su gabán y de haberle arrojado al agua. Oírlo sentir todavía sobre sus manos los labios fríos, viscosos, ropugantes, como los de las ranas... Le besaban las manos, y le suplicaban, llorando, que no los maltratase más. Su memoria evocó los rostros, los sonidos, las voces... Una mujer, en traje amarillo completamente desahogado, cantó con voz fuerte, que resonó como un sollozo.

Vicinos como ahora cuando nos era posible, y todo, tras nosotros, se agostó y se marchitó.

...Todas aquellas gentes eran, como él, arrolladas por la misma ola, arrastradas como artistas, enloquecidas y atontadas... Y aquellas gentes no osaban mirar hacia adelante, para saber adónde les llevaba la ola furiosa. Ahogaban su terror en el vino, seguían la corriente, luchaban, gritaban, se enloquecían con extravagancias, se saciaban de batallas, sin encontrar jamás la calma ni el placer. Y él, él había sido su compañero, y hacía lo que ellos... Y, entre tanto, se decía que había obrado así por miedo de sí mismo, por atravesar más ligero aquella parte de su vida, o acaso también por evitarle de pensar en el porvenir...

En medio de aquellas gentes, que el apetito del libertinaje, las pasiones brutales y las orgías enloquecían, que buscaban ardentemente el olvido en el desorden, sólo Sacha permanecía siempre tranquila, siempre igual. No se embriagaba jamás, hablaba siempre con la misma voz firme y autoritaria, y se mantenía

niamente en el fondo de su corazón; tuvo la impresión de la vida que había vivido durante los últimos meses.

Le parecía haber caído en un torrente de agua turbia. Ocasionalmente en un todo parecido a las nubes, le asían y le lanzaban al espacio.

En medio del estrépito y de la oscuridad, surgían siluetas borrosas de individuos, jamás los mismos; los de hoy no eran los de ayer, pero todos igualmente inmortales y tristes. Borrachos, ruidosos y voraces, daban en torno suyo, como las hojas que el huracán arranca, se reían de lo, le injuriaban, se peleaban, gritaban y lloraban, todo a la vez. El también les golpeaba... Se acordó de haber golpeado un día a uno en el rostro, de haberle arrancado su gabán y de haberle arrojado al agua. Oírlo sentir todavía sobre sus manos los labios fríos, viscosos, ropugantes, como los de las ranas... Le besaban las manos, y le suplicaban, llorando, que no los maltratase más. Su memoria evocó los rostros, los sonidos, las voces... Una mujer, en traje amarillo completamente desahogado, cantó con voz fuerte, que resonó como un sollozo.

Vicinos como ahora cuando nos era posible, y todo, tras nosotros, se agostó y se marchitó.

...Todas aquellas gentes eran, como él, arrolladas por la misma ola, arrastradas como artistas, enloquecidas y atontadas... Y aquellas gentes no osaban mirar hacia adelante, para saber adónde les llevaba la ola furiosa. Ahogaban su terror en el vino, seguían la corriente, luchaban, gritaban, se enloquecían con extravagancias, se saciaban de batallas, sin encontrar jamás la calma ni el placer. Y él, él había sido su compañero, y hacía lo que ellos... Y, entre tanto, se decía que había obrado así por miedo de sí mismo, por atravesar más ligero aquella parte de su vida, o acaso también por evitarle de pensar en el porvenir...

En medio de aquellas gentes, que el apetito del libertinaje, las pasiones brutales y las orgías enloquecían, que buscaban ardentemente el olvido en el desorden, sólo Sacha permanecía siempre tranquila, siempre igual. No se embriagaba jamás, hablaba siempre con la misma voz firme y autoritaria, y se mantenía

niamente en el fondo de su corazón; tuvo la impresión de la vida que había vivido durante los últimos meses.

Le parecía haber caído en un torrente de agua turbia. Ocasionalmente en un todo parecido a las nubes, le asían y le lanzaban al espacio.

En medio del estrépito y de la oscuridad, surgían siluetas borrosas de individuos, jamás los mismos; los de hoy no eran los de ayer, pero todos igualmente inmortales y tristes. Borrachos, ruidosos y voraces, daban en torno suyo, como las hojas que el huracán arranca, se reían de lo, le injuriaban, se peleaban, gritaban y lloraban, todo a la vez. El también les golpeaba... Se acordó de haber golpeado un día a uno en el rostro, de haberle arrancado su gabán y de haberle arrojado al agua. Oírlo sentir todavía sobre sus manos los labios fríos, viscosos, ropugantes, como los de las ranas... Le besaban las manos, y le suplicaban, llorando, que no los maltratase más. Su memoria evocó los rostros, los sonidos, las voces... Una mujer, en traje amarillo completamente desahogado, cantó con voz fuerte, que resonó como un sollozo.

Vicinos como ahora cuando nos era posible, y todo, tras nosotros, se agostó y se marchitó.

...Todas aquellas gentes eran, como él, arrolladas por la misma ola, arrastradas como artistas, enloquecidas y atontadas... Y aquellas gentes no osaban mirar hacia adelante, para saber adónde les llevaba la ola furiosa. Ahogaban su terror en el vino, seguían la corriente, luchaban, gritaban, se enloquecían con extravagancias, se saciaban de batallas, sin encontrar jamás la calma ni el placer. Y él, él había sido su compañero, y hacía lo que ellos... Y, entre tanto, se decía que había obrado así por miedo de sí mismo, por atravesar más ligero aquella parte de su vida, o acaso también por evitarle de pensar en el porvenir...

En medio de aquellas gentes, que el apetito del libertinaje, las pasiones brutales y las orgías enloquecían, que buscaban ardentemente el olvido en el desorden, sólo Sacha permanecía siempre tranquila, siempre igual. No se embriagaba jamás, hablaba siempre con la misma voz firme y autoritaria, y se mantenía

niamente en el fondo de su corazón; tuvo la impresión de la vida que había vivido durante los últimos meses.

Le parecía haber caído en un torrente de agua turbia. Ocasionalmente en un todo parecido a las nubes, le asían y le lanzaban al espacio.

En medio del estrépito y de la oscuridad, surgían siluetas borrosas de individuos, jamás los mismos; los de hoy no eran los de ayer, pero todos igualmente inmortales y tristes. Borrachos, ruidosos y voraces, daban en torno suyo, como las hojas que el huracán arranca, se reían de lo, le injuriaban, se peleaban, gritaban y lloraban, todo a la vez. El también les golpeaba... Se acordó de haber golpeado un día a uno en el rostro, de haberle arrancado su gabán y de haberle arrojado al agua. Oírlo sentir todavía sobre sus manos los labios fríos, viscosos, ropugantes, como los de las ranas... Le besaban las manos, y le suplicaban, llorando, que no los maltratase más. Su memoria evocó los rostros, los sonidos, las voces... Una mujer, en traje amarillo completamente desahogado, cantó con voz fuerte, que resonó como un sollozo.

Vicinos como ahora cuando nos era posible, y todo, tras nosotros, se agostó y se marchitó.

...Todas aquellas gentes eran, como él, arrolladas por la misma ola, arrastradas como artistas, enloquecidas y atontadas... Y aquellas gentes no osaban mirar hacia adelante, para saber adónde les llevaba la ola furiosa. Ahogaban su terror en el vino, seguían la corriente, luchaban, gritaban, se enloquecían con extravagancias, se saciaban de batallas, sin encontrar jamás la calma ni el placer. Y él, él había sido su compañero, y hacía lo que ellos... Y, entre tanto, se decía que había obrado así por miedo de sí mismo, por atravesar más ligero aquella parte de su vida, o acaso también por evitarle de pensar en el porvenir...

En medio de aquellas gentes, que el apetito del libertinaje, las pasiones brutales y las orgías enloquecían, que buscaban ardentemente el olvido en el desorden, sólo Sacha permanecía siempre tranquila, siempre igual. No se embriagaba jamás, hablaba siempre con la misma voz firme y autoritaria, y se mantenía

niamente en el fondo de su corazón; tuvo la impresión de la vida que había vivido durante los últimos meses.

Le parecía haber caído en un torrente de agua turbia. Ocasionalmente en un todo parecido a las nubes, le asían y le lanzaban al espacio.

En medio del estrépito y de la oscuridad, surgían siluetas borrosas de individuos, jamás los mismos; los de hoy no eran los de ayer, pero todos igualmente inmortales y tristes. Borrachos, ruidosos y voraces, daban en torno suyo, como las hojas que el huracán arranca, se reían de lo, le injuriaban, se peleaban, gritaban y lloraban, todo a la vez. El también les golpeaba... Se acordó de haber golpeado un día a uno en el rostro, de haberle arrancado su gabán y de haberle arrojado al agua. Oírlo sentir todavía sobre sus manos los labios fríos, viscosos, ropugantes, como los de las ranas... Le besaban las manos, y le suplicaban, llorando, que no los maltratase más. Su memoria evocó los rostros, los sonidos, las voces... Una mujer, en traje amarillo completamente desahogado, cantó con voz fuerte, que resonó como un sollozo.

Vicinos como ahora cuando nos era posible, y todo, tras nosotros, se agostó y se marchitó.

...Todas aquellas gentes eran, como él, arrolladas por la misma ola, arrastradas como artistas, enloquecidas y atontadas... Y aquellas gentes no osaban mirar hacia adelante, para saber adónde les llevaba la ola furiosa. Ahogaban su terror en el vino, seguían la corriente, luchaban, gritaban, se enloquecían con extravagancias, se saciaban de batallas, sin encontrar jamás la calma ni el placer. Y él, él había sido su compañero, y hacía lo que ellos... Y, entre tanto, se decía que había obrado así por miedo de sí mismo, por atravesar más ligero aquella parte de su vida, o acaso también por evitarle de pensar en el porvenir...

En medio de aquellas gentes, que el apetito del libertinaje, las pasiones brutales y las orgías enloquecían, que buscaban ardentemente el olvido en el desorden, sólo Sacha permanecía siempre tranquila, siempre igual. No se embriagaba jamás, hablaba siempre con la misma voz firme y autoritaria, y se mantenía

niamente en el fondo de su corazón; tuvo la impresión de la vida que había vivido durante los últimos meses.

Le parecía haber caído en un torrente de agua turbia. Ocasionalmente en un todo parecido a las nubes, le asían y le lanzaban al espacio.

En medio del estrépito y de la oscuridad, surgían siluetas borrosas de individuos, jamás los mismos; los de hoy no eran los de ayer, pero todos igualmente inmortales y tristes. Borrachos, ruidosos y voraces, daban en torno suyo, como las hojas que el huracán arranca, se reían de lo, le injuriaban, se peleaban, gritaban y lloraban, todo a la vez. El también les golpeaba... Se acordó de haber golpeado un día a uno en el rostro, de haberle arrancado su gabán y de haberle arrojado al agua. Oírlo sentir todavía sobre sus manos los labios fríos, viscosos, ropugantes, como los de las ranas... Le besaban las manos, y le suplicaban, llorando, que no los maltratase más. Su memoria evocó los rostros, los sonidos, las voces... Una mujer, en traje amarillo completamente desahogado, cantó con voz fuerte, que resonó como un sollozo.

Vicinos como ahora cuando nos era posible, y todo, tras nosotros, se agostó y se marchitó.

...Todas aquellas gentes eran, como él, arrolladas por la misma ola, arrastradas como artistas, enloquecidas y atontadas... Y aquellas gentes no osaban mirar hacia adelante, para saber adónde les llevaba la ola furiosa. Ahogaban su terror en el vino, seguían la corriente, luchaban, gritaban, se enloquecían con extravagancias, se saciaban de batallas, sin encontrar jamás la calma ni el placer. Y él, él había sido su compañero, y hacía lo que ellos... Y, entre tanto, se decía que había obrado así por miedo de sí mismo, por atravesar más ligero aquella parte de su vida, o acaso también por evitarle de pensar en el porvenir...

En medio de aquellas gentes, que el apetito del libertinaje, las pasiones brutales y las orgías enloquecían, que buscaban ardentemente el olvido en el desorden, sólo Sacha permanecía siempre tranquila, siempre igual. No se embriagaba jamás, hablaba siempre con la misma voz firme y autoritaria, y se mantenía

niamente en el fondo de su corazón; tuvo la impresión de la vida que había vivido durante los últimos meses.

Le parecía haber caído en un torrente de agua turbia. Ocasionalmente en un todo parecido a las nubes, le asían y le lanzaban al espacio.

En medio del estrépito y de la oscuridad, surgían siluetas borrosas de individuos, jamás los mismos; los de hoy no eran los de ayer, pero todos igualmente inmortales y tristes. Borrachos, ruidosos y voraces, daban en torno suyo, como las hojas que el huracán arranca, se reían de lo, le injuriaban, se peleaban, gritaban y lloraban, todo a la vez. El también les golpeaba... Se acordó de haber golpeado un día a uno en el rostro, de haberle arrancado su gabán y de haberle arrojado al agua. Oírlo sentir todavía sobre sus manos los labios fríos, viscosos, ropugantes, como los de las ranas... Le besaban las manos, y le suplicaban, llorando, que no los maltratase más. Su memoria evocó los rostros, los sonidos, las voces... Una mujer, en traje amarillo completamente desahogado, cantó con voz fuerte, que resonó como un sollozo.

Vicinos como ahora cuando nos era posible, y todo, tras nosotros, se agostó y se marchitó.

...Todas aquellas gentes eran, como él, arrolladas por la misma ola, arrastradas como artistas, enloquecidas y atontadas... Y aquellas gentes no osaban mirar hacia adelante, para saber adónde les llevaba la ola furiosa. Ahogaban su terror en el vino, seguían la corriente, luchaban, gritaban, se enloquecían con extravagancias, se saciaban de batallas, sin encontrar jamás la calma ni el placer. Y él, él había sido su compañero, y hacía lo que ellos... Y, entre tanto, se decía que había obrado así por miedo de sí mismo, por atravesar más ligero aquella parte de su vida, o acaso también por evitarle de pensar en el porvenir...

En medio de aquellas gentes, que el apetito del libertinaje, las pasiones brutales y las orgías enloquecían, que buscaban ardentemente el olvido en el desorden, sólo Sacha permanecía siempre tranquila, siempre igual. No se embriagaba jamás, hablaba siempre con la misma voz firme y autoritaria, y se mantenía

niamente en el fondo de su corazón; tuvo la impresión de la vida que había vivido durante los últimos meses.

Le parecía haber caído en un torrente de agua turbia. Ocasionalmente en un todo parecido a las nubes, le asían y le lanzaban al espacio.

En medio del estrépito y de la oscuridad, surgían siluetas borrosas de individuos, jamás los mismos; los de hoy no eran los de ayer, pero todos igualmente inmortales y tristes. Borrachos, ruidosos y voraces, daban en torno suyo, como las hojas que el huracán arranca, se reían de lo, le injuriaban, se peleaban, gritaban y lloraban, todo a la vez. El también les golpeaba... Se acordó de haber golpeado un día a uno en el rostro, de haberle arrancado su gabán y de haberle arrojado al agua. Oírlo sentir todavía sobre sus manos los labios fríos, viscosos, ropugantes, como los de las ranas... Le besaban las manos, y le suplicaban, llorando, que no los maltratase más. Su memoria evocó los rostros, los sonidos, las voces... Una mujer, en traje amarillo completamente desahogado, cantó con voz fuerte, que resonó como un sollozo.

Vicinos como ahora cuando nos era posible, y todo, tras nosotros, se agostó y se marchitó.

...Todas aquellas gentes eran, como él, arrolladas por la misma ola, arrastradas como artistas, enloquecidas y atontadas... Y aquellas gentes no osaban mirar hacia adelante, para saber adónde les llevaba la ola furiosa. Ahogaban su terror en el vino, seguían la corriente, luchaban, gritaban, se enloquecían con extravagancias, se saciaban de batallas, sin encontrar jamás la calma ni el placer. Y él, él había sido su compañero, y hacía lo que ellos... Y, entre tanto, se decía que había obrado así por miedo de sí mismo, por atravesar más ligero aquella parte de su vida, o acaso también por evitarle de pensar en el porvenir...

En medio de aquellas gentes, que el apetito del libertinaje, las pasiones brutales y las orgías enloquecían, que buscaban ardentemente el olvido en el desorden, sólo Sacha permanecía siempre tranquila, siempre igual. No se embriagaba jamás, hablaba siempre con la misma voz firme y autoritaria, y se mantenía

niamente en el fondo de su corazón; tuvo la impresión de la vida que había vivido durante los últimos meses.

Le parecía haber caído en un torrente de agua turbia. Ocasionalmente en un todo parecido a las nubes, le asían y le lanzaban al espacio.

En medio del estrépito y de la oscuridad, surgían siluetas borrosas de individuos, jamás los mismos; los de hoy no eran los de ayer, pero todos igualmente inmortales y tristes. Borrachos, ruidosos y voraces, daban en torno suyo, como las hojas que el huracán arranca, se reían de lo, le injuriaban, se peleaban, gritaban y lloraban, todo a la vez. El también les golpeaba... Se acordó de haber golpeado un día a uno en el rostro, de haberle arrancado su gabán y de haberle arrojado al agua. Oírlo sentir todavía sobre sus manos los labios fríos, viscosos, ropugantes, como los de las ranas... Le besaban las manos, y le suplicaban, llorando, que no los maltratase más. Su memoria evocó los rostros, los sonidos, las voces... Una mujer, en traje amarillo completamente desahogado, cantó con voz fuerte, que resonó como un sollozo.

Vicinos como ahora cuando nos era posible, y todo, tras nosotros, se agostó y se marchitó.

...Todas aquellas gentes eran, como él, arrolladas por la misma ola, arrastradas como artistas, enloquecidas y atontadas... Y aquellas gentes no osaban mirar hacia adelante, para saber adónde les llevaba la ola furiosa. Ahogaban su terror en el vino, seguían la corriente, luchaban, gritaban, se enloquecían con extravagancias, se saciaban de batallas, sin encontrar jamás la calma ni el placer. Y él, él había sido su compañero, y hacía lo que ellos... Y, entre tanto, se decía que había obrado así por miedo de sí mismo, por atravesar más ligero aquella parte de su vida, o acaso también por evitarle de pensar en el porvenir...

En medio de aquellas gentes, que el apetito del libertinaje, las pasiones brutales y las orgías enloquecían, que buscaban ardentemente el olvido en el desorden, sólo Sacha permanecía siempre tranquila, siempre igual. No se embriagaba jamás, hablaba siempre con la misma voz firme y autoritaria, y se mantenía

niamente en el fondo de su corazón; tuvo la impresión de la vida que había vivido durante los últimos meses.

Le parecía haber caído en un torrente de agua turbia. Ocasionalmente en un todo parecido a las nubes, le asían y le lanzaban al espacio.

En medio del estrépito y de la oscuridad, surgían siluetas borrosas de individuos, jamás los mismos; los de hoy no eran los de ayer, pero todos igualmente inmortales y tristes. Borrachos, ruidosos y voraces, daban en torno suyo, como las hojas que el huracán arranca, se reían de lo, le injuriaban, se peleaban, gritaban y lloraban, todo a la vez. El también les golpeaba... Se acordó de haber golpeado un día a uno en el rostro, de haberle arrancado su gabán y de haberle arrojado al agua. Oírlo sentir todavía sobre sus manos los labios fríos, viscosos, ropugantes, como los de las ran